

Cuentos de Verano

-2-

Autor: Chema Contreras (José Manuel Contreras)

Ilustradora: Noemí Contreras

Cuentos de Verano

-2-

Los Veranos
de Josema

Chema Contreras (José Manuel Contreras)

© *Chema Contreras (José Manuel Contreras)*

Correo electrónico: losveranosdejosema@josemcontreras.es

<https://www.josemcontreras.es>

Twitter: @TxemaContreras

© Ilustradora: Noemí Contreras

Junio 2018

Dedicatoria

Algunas historias son intemporales, especialmente aquellas que nacen de los sueños y, sobre todo, cuando sus raíces prendieron en la infancia.

Creo que por muchos años que cumpla, mimaré y cuidaré de aquel niño que fui, y que cada día siento latir dentro de mí.

Para todos esos niños o niñas que fueron, y nunca han dejado ni dejarán de serlo, vaya esta dedicatoria. Permitidme, no obstante, que la personalice en la figura de mis hijas, Noemí y Marina, así como en mi ‘niña grande’, Yolanda. Te amo. Os amo.

El Autor

Índice

Los Colores del Otoño

El Lenguaje de las Nubes..... 9

Nínfalís, o la Fuerza de los Sueños

El viaje del agua

Un paseo por las estrellas

Actividades “Cuentos de Verano –2–”

Actividades Los Colores del Otoño

Crucigrama.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Haz un Dibujo.

Actividades El Lenguaje de las Nubes

Encuentra Palabras Después de la Lectura.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Escribe tu cuento.

Actividades Nínfalís o la fuerza de los sueños

Crea tu poesía, con la ayuda de Nínfalís.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Palabras enlazadas.

Actividades El viaje del agua

Escribe unos versos encadenados.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Busca la magia en las palabras.

Chema Contreras (José Manuel Contreras)

Actividades Un paseo por las estrellas

Completa las frases, después de la lectura.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Busca Palabras Mágicas Después de la Lectura.

Soluciones Los Colores del Otoño

Soluciones El Lenguaje de las Nubes

Soluciones Ninfalis o la fuerza de los sueños

Soluciones El viaje del agua

Soluciones Un paseo por las estrellas

El Lenguaje de las Nubes

Habíamos terminado de comer y nos encontrábamos, mi abuelo y yo, a la sombra de unos álamos, a la orilla del río Cigüeñuela. La comida había estado bien. Bueno, bien no. Había estado muy bien.

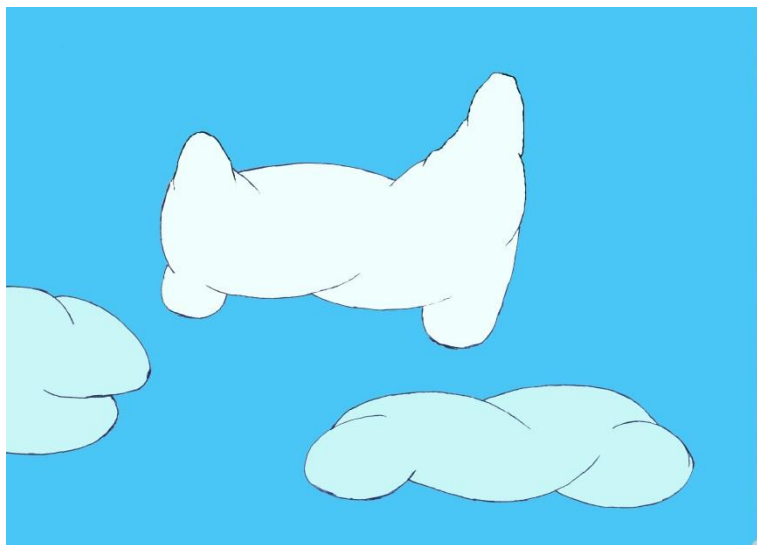
Mi abuelo se había levantado temprano y había preparado una gran tortilla de patatas que a mi tanto me gusta, y había frito unos pimientos verdes para acompañarla. Mi abuelo cocinaba muy bien.

De camino a las tierras que aquella mañana iba a segar, salimos de casa cargados. Mi abuelo con su hoz y su guadaña bien afiladas, y yo, con la cesta donde habíamos guardado la comida. Pasamos por el huerto y cogimos unos tomates, pepinos y una lechuga gigante; bueno, no es que fuera gigante, pero la verdad es que era bastante grande.

Entre las ramas de aquellos álamos, y tumbados sobre la verde hierba, reposando la comida, podía ver como las nubes pasaban lentas por el cielo, como llevadas por el suave viento. Era un bonito juego de

formas y contrastes; el blanco de las nubes con el intenso azul del cielo en verano.

Mi abuelo estaba sentado a mi lado con la espalda recostada sobre el tronco de un gran árbol. Se había colocado su sombrero de paja hacia delante, tapándose con el ala los ojos para que el sol no le estorbara la siesta, aunque nunca se dormía, pero le gustaba descansar así un rato después de comer cuando estábamos en el campo.



Vi cómo se acercaba lenta una hermosa nube, no muy grande, pero de un intenso color blanco. Cuando llegó hasta donde nos encontrábamos y estaba justo sobre nuestras cabezas empezó a adoptar una figura que, al principio, me pareció extraña, pero que poco a poco pude identificar. Era una imagen clara y nítida de... ¡una

cama! Una verdadera cama que, de tan real como se podía ver, te entraban ganas de acostarte en ella una buena siesta, y taparte con las esponjosas sábanas, que parecían unas finas nubes blancas que la acompañaban, y dormir plácidamente.

—¡Abuelo! —requerí su atención.

—Dime Josema —respondió con voz suave y un tanto somnolienta.

—¿Te has fijado en esa nube que ahora está sobre nosotros? —pregunté.

Mi abuelo apartó ligeramente su sombrero, con su mano derecha lo justo para que sus ojos pudieran ver la nube entre las ramas de los árboles y, de nuevo, volvió a colocarlo como lo tenía.

—Sí, es bastante grande y muy bonita.

La nube se desplazaba lentamente hacia el norte, pero su forma no había variado ni un ápice.

—¿Has visto qué forma tiene, abuelo? Tú crees que es... ¿A ver si se te ocurre lo mismo que a mí? —desafié a mi abuelo, como si se tratase de una batalla de interpretación de formas de nubes, en la que solo uno saldría victorioso.

Repitió suavemente la operación anterior, esta vez con su mano izquierda, y observó por un instante la viajera nube.

—Es muy fácil —respondió— ¿A ti qué te parece?

—No vale abuelo, yo he preguntado primero. Mejor dime tú, a qué crees que se parece.

—Yo diría que es... —hizo una pausa de misterio para enseguida...—. Es una cama. Claramente es una cama donde yo podría echarme una buena siesta.

—¡Igual que yo! —dijo sorprendido— ¡Abuelo, has visto la misma forma de nube! ¡Una cama! ¡Es fantástico!

—Las nubes, moldeadas por el viento, adoptan formas caprichosas que, muchas veces, podemos ver o imaginar con nuestra mente.

—Abuelo, ¿tú crees que hay más gente que puede ver la nube con forma de cama igual que la vemos nosotros? —pregunté intrigado.

—La mayoría de las veces —continuó explicándome mi abuelo que aún seguía recostado en el tronco del árbol y con el sombrero cubriéndole ya los ojos— nuestra imaginación permite que solo la vemos nosotros con una forma determinada, mientras otros, la misma nube, la ven con otra forma diferente —aseguró.

—Pero tú y yo hemos visto la misma nube y la misma imagen. Y ninguno hemos hecho trampa ¿verdad?

—¡No! —contestó sonriendo—. Lo que sucede, es que nosotros estamos muy unidos y hemos mirado con los mismos ojos —añadió mi abuelo, que ya se había

incorporado un poco y se había colocado su sombrero de forma que ya se le podían ver los ojos.

—Claro que estamos muy unidos —dije con total naturalidad— como que somos nieto y abuelo ¡Oye! ¿Tú sabes si vale también con los amigos? —pregunté bastante interesado.

—Por supuesto; pero siempre que esa amistad sea verdadera.

—En el colegio me han enseñado muchas cosas de las nubes —dije, haciéndome un poco el interesante.

—Eso está muy bien —aprobo mi abuelo—. Si sabes entender lo que dicen, sabrás cuándo va a llover; si las nubes llevan agua o hielo; si nevará; si hará viento... La Naturaleza deja signos constantemente para que podamos leer lo que va a pasar.

—Los hombres del tiempo lo dicen en la tele, aunque a veces se equivocan.

—Hace muchos años no existían los hombres del tiempo, pero había gente que sabía leer en el cielo el tiempo que iba a hacer. Observando a los animales sabían si llegaría pronto el invierno y si sería muy frío. Todo ello no porque fueran adivinos, sino porque sabían leer las señales que la Naturaleza les mostraba.

—En el colegio me enseñaron que hay nubes a las que se le llaman cirros, y están muy altas, muy altas, y muy